


---

Pulido Azpíroz, Alejandro, *Neutralidad en pie de guerra. El País Vasco y Navarra ante la Primera Guerra Mundial (1914-1918)*, Madrid, Sílex, 2021, 402p. ISBN: 978-84-18388-32-3. 21'85€ 

*Índice. Prólogo* (Santiago de Pablo y Leyre Arrieta). *Siglas y abreviaturas. Archivos. Hemeroteca. Organizaciones políticas y sindicales.* Introducción. PARTE I. LA GUERRA DE OPINIONES: ¿UNA TRINCHERA EN CADA PROVINCIA? 1. Una lucha de civilizaciones en la costa vasca: izquierdas aliadófilas contra derechas germanófilas. 2. Una lucha entre derechas católicas: jeltzales contra tradicionalistas... y contra otros jeltzales. 3. Las provincias interiores: ¿calma en la retaguardia? PARTE II. MÁS ALLÁ DE LA FRONTERA. LA PARTICIPACIÓN VASCO-NAVARRA EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL. 4. La vertiente vasco-navarra de la política exterior alfonsina. 5. El frente marítimo vasco-navarro, un campo de batalla en la retaguardia de la gran guerra: *U-Boots*, espionaje y propaganda. 6. Una frontera de doble tránsito: voluntarios, desertores y contrabandistas. PARTE III. LA GUERRA ENTRA EN LAS CUATRO PROVINCIAS. SUS EFECTOS EN LA SOCIEDAD. 7. La vida diaria durante la gran guerra. Humanitarismo y revolución en el umbral de la sociedad moderna. 8. Jaque al rey: el clima revolucionario de 1917 y sus consecuencias. 9. La gran guerra y el mapa europeo ¿autonomía para el país vasco-navarro? CONCLUSIONES. *Fuentes y bibliografía. Cronograma. Índice onomástico.*

Como podemos ver en nuestros días, no participar directamente en una guerra no implica librarse por completo de sus consecuencias. Y si esta percepción es evidente hoy, con dos países en conflicto, cuánto más lo sería cuando la guerra la protagonizaron la mayor parte de los estados de la Europa occidental y sus repercusiones alcanzaron casi el conjunto de la Tierra. Por eso, pese a que ya el día 30 de julio de 1914, la *Gaceta* publicaba la declaración de neutralidad española en la guerra y a que el gobierno español reiterase dicha neutralidad el día 7 de agosto, y posteriormente la volviese a afirmar hasta en 27 ocasiones, cada vez que un país entraba en guerra, la I Guerra Mundial repercutió de forma muy evidente en su territorio y, concretamente, en el País Vasco-Navarro. Este es el objeto de este libro puntillista, tejido a punto de cruz, como señalara Annie Kriegel, repleto de informaciones y articulado mediante una estructura clara, de carácter primordialmente temático y con una mirada compleja, que va más allá incluso de la afirmación metodológica de la introducción, en la que se señala su proximidad a la historia política, social y de la prensa (p. 26). De hecho, este libro va más allá de su asumida modestia y, sin ignorar esas referencias, bien podría ampliarse a una historia cultural y de las mentalidades, a un marco antropológico que construye en los capítulos dedicados a la vida diaria, a la evolución de las costumbres y a las prácticas de ocio y entretenimiento. En definitiva, también podría hablarse de una historia de la vida cotidiana. De hecho, incluso



Universidad  
de Navarra

FAACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

## RECENSIONES

los aspectos políticos, al descender al caso concreto, a la polémica y la controversia, se hacen cotidianeidad.

Es por tanto un libro que aporta mucho, que sugiere y construye un universo que no se limita a la política, o a la lucha social, sino que habla de identidades, de percepciones, de la influencia de las sociabilidades formales e informales, del tejido social y de su organización en estructuras. En buena medida, una de las conclusiones que surge de estas páginas es la de la aceleración generalizada que provoca la guerra. Se acelera la confianza en las utopías políticas e ideológicas, considerando ese tiempo como el momento para la consecución de ideales de transformación, bien fuesen el regreso a una edad dorada anclada en el pasado, la obtención de una democracia plena, la llegada al socialismo o la recuperación de la patria, con la autonomía o a través de la independencia. Se aceleraron las críticas al régimen de la Restauración y creció el anhelo por la república. Pero también se produjo una aceleración en la introducción de los modernos mecanismos de la política, por medio de manifestaciones y actos, de la creación de estructuras permanentes y locales, agrupaciones especializadas reuniendo a jóvenes y mujeres, de la generalización en la mejora de la prensa como transmisora de información y mensajes, con la creciente visualidad de la política (cine y fotografía). Se aceleró el cambio social mediante la introducción de nuevas formas de ocio de masas, y costumbres que rompían con las viejas tradiciones (pp. 257, 267ss.). Y todo ello en un marco, el vasco-navarro, que todavía se consideraba como la encarnación de la tradición más carpetovetónica. No es de extrañar que el cardenal Baudrillart, en uno de sus viajes de propaganda a favor de la causa francesa en la guerra, recogiera en su diario del 16 de julio de 1916 un testimonio significativo: «Les journaux carlistes sont plus pangermanistes que les journaux allemands. Dans une famille carliste, au témoignage du précepteur, un jeune garçon s'est écrié: "S'il avait la guerre entre l'Allemagne et l'Espagne, je me battrais pour l'Allemagne"» (*Les carnets du Cardinal Baudrillart (1914-1918)*, París, Cerf, 1994, p. 396).

Esta aceleración global en el marco vasco-navarro que recogen las páginas del libro de Alejandro Pulido, se aprecia en su estructura tripartita, primero dedicada al debate político, después a la participación de los habitantes de este marco geográfico en la guerra y, por último, al impacto de la conflagración en el territorio. En el primer ámbito puede apreciarse con claridad una de las particularidades que, dentro de la general afección de la guerra en España, hacen peculiar el espacio vasco-navarro: la existencia de tres vértices políticos que se consolidaron en el tiempo de la guerra y que han permanecido casi hasta la actualidad: las izquierdas, con el considerable peso del socialismo vizcaíno, las derechas —con especial predominio del tradicionalismo en sus diversas opciones, sobre todo en las provincias interiores— y el nacionalismo vasco. Cada una de estas amplias culturas políticas adoptó posiciones frente al conflicto bélico, pero también contempló sonoras divergencias en su seno y situaciones paradójicas. La guerra supuso un perfecto argumento de confrontación para las querellas propias, acelerando, como se comentaba antes, los diversos mecanismos de la convivencia. Esta «guerra civil de palabras conoció un nivel de enfrentamiento distinto a otras regiones, no por el tono de las disputas, sino por la gran división en torno al conflicto europeo» (p. 44). La amplia sintonía en torno a la neutralidad española en la guerra estalló en matices por el peso de los germanófilos,

## RECENSIONES

acérrimos detractores de cualquier acercamiento a posiciones que implicaran participación en el conflicto. Buen síntoma de ello fueron los incidentes que se sucedieron a la llegada a Irún de Alejandro Lerroxx tras unas declaraciones abogando por la entrada de España en la guerra (pp. 64-66). Era una cuestión política, pero que afectaba a la vida cotidiana, como al pintor Raemaekers, objeto de querellas judiciales por sus críticas pictóricas al ejército alemán.

Y es que el conflicto y su duración permitieron que fueran muchas las interacciones producidas, muchos los temas y las variaciones en ellos, lo que complicaba mantener con coherencia posturas de cualquier tipo. Las contradicciones y paradojas que se sucedieron facilitaron su empleo como argumentos para la controversia, añadiendo más leña a un fuego que no necesitaba de grandes estímulos para arder con facilidad. Las posturas en torno a Bélgica, la invitación a Benedicto XV a España, o la guerra submarina, las luchas en Irlanda y la situación de Polonia o la posición respecto a las nacionalidades oprimidas, entre otros muchos temas, hicieron que cada parte debiera retratarse con claridad, pese a que cualquier toma de posición podía variar con el transcurso de la guerra, provocando nueva munición para la guerra civil de palabras que se desarrollaba sin tregua. Y es que cada parte contaba con un trasfondo que defendía, aunque a veces este chocara con la realidad y los intereses del momento. ¿Cómo podía el nacionalismo vasco defender a Inglaterra frente a los irlandeses? ¿Cómo el tradicionalismo apoyaba a la Alemania protestante frente a la católica Bélgica? ¿Cómo podían los integristas ignorar los hundimientos de barcos vascos por submarinos alemanes? ¿En qué situación quedaba el jaimismo, con su líder francófilo aislado de las bases germanófilas? ¿Cómo pudo el maurismo en Navarra salir reforzado al término de la guerra? Son solo ejemplos de unas contradicciones que respondían a los intereses del momento, que forzaban a discursos y retóricas paradójicos, solo comprensibles en un marco de excepción.

Pero lo significativo es que esta guerra civil de palabras no se limitó a la retórica de mitin y editorial de prensa, sino que trascendió y sirvió para la movilización de las masas, por ejemplo, a través de los comités neutralistas, o la constitución de asociaciones y la puesta en marcha de iniciativas asistenciales y de beneficencia, como la campaña pro-cautivos. En un escenario de tensiones y confrontaciones, resultaba complicado ignorar lo que sucedía alrededor de decisiones como la del alcalde de la vizcaína localidad de Lemoa de homenajear a Alfonso XIII, cuando se mostraron actitudes de respaldo a la monarquía que un año más tarde no solo no encontraron acogida, sino que se convirtieron en críticas a la institución y en peticiones de llegada de la república. Pero es que además la guerra llegó de forma física, con la recepción de casi tres centenares de soldados alemanes procedentes de Camerún, internados en la ciudad de Pamplona, y acogidos de forma entusiasta por una población primordialmente germanófila, que incluso ayudó a la preparación de una fuga, planificada en la capital navarra. Hubo además espías y saboteadores en un territorio marítimo y de frontera, zona industrial y agrícola cuyos productos eran muy demandados por los beligerantes, que incrementaron el comercio, especialmente desde la Entente, para desesperación de los germanos. Fue un nuevo espacio de confrontación en el que algunos naturales, como se recoge en la mencionada cita del



Universidad  
de Navarra

FAULTAD DE  
FILOSOFIA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFIA

## RECENSIONES

cardenal Baudrillart, estaban claramente del lado de los alemanes y colaboraron intensamente con ellos; mientras, otros respaldaban sobre todo a una Francia vecina en la que veían un horizonte de progreso político y social y a la que prestaron toda su ayuda.

A este respecto, un espacio primordial en esta confrontación fue el del contrabando (¿se puede utilizar el término estraperlo como sinónimo?), una actividad que no era nueva, que ya había tenido un importante papel en la última guerra civil, como estudió Alexandre Dupont, y que no se limitaba al paso de mercancías, ganado o similares, sino que colaboró también con otro de los ámbitos mediante los cuales la guerra se hizo presente, que fue la calurosa recepción de los más de ochocientos prófugos del ejército francés, especialmente los procedentes de la zona fronteriza inmediata, con los que tantos lazos existían. Pero, a su vez, paradójicamente, fueron varios centenares los vasconavarros que formaron parte del ejército francés, especialmente a través de la Legión Extranjera, el segundo contingente en número de peninsulares después de los catalanes.

Por último, analiza el libro los efectos de la guerra más allá de quienes se implicaron en ella por convicción o afecto hacia una de las partes en lucha. En definitiva, trata la última parte de responder a la pregunta central de la historia de la vida cotidiana: cómo afectan los grandes acontecimientos históricos al día a día de la población. Un primer impacto fue la acogida a los miles de trabajadores españoles a los que la guerra expulsó de Francia y que quedaron sin protección ni recursos; o la puesta en práctica de iniciativas pacifistas, muchas de ellas protagonizadas por la Iglesia católica, sobre todo al principio de la contienda. Pero, además, muchos comenzaron a cuestionarse la oportunidad de mantener celebraciones festivas en un marco bélico como aquel, y eso pese a que España no estaba involucrada directamente. En los medios de comunicación la publicidad se hacía eco de la guerra, introduciendo mensajes vinculados con el gran tema de actualidad, que llenaba las portadas de una prensa que empezó a ver grandes titulares, mapas, fotografías, viñetas humorísticas, novedades ajenas a lo que había sido la norma hasta el momento. Cambió el ocio, llegó el *fox-trot* y el *jazz*, creció el juego, el cine se convirtió en una válvula de escape y algunos artistas que no podían actuar en la Europa en guerra, lo hicieron en plazas que, de otra manera, nunca hubieran visitado.

Pero a su vez creció una crisis económica que acabaría repercutiendo en la vida cotidiana con una carestía imparable, el desabastecimiento y el paro. La tensión social adoptó la forma revolucionaria en el verano de 1917, siguiendo el ejemplo de lo ocurrido desde febrero de ese año en la Rusia del zar, y provocando el recelo y la reacción en la monarquía alfoncina y una disminución significativa de su respaldo social, aún mayor en 1918. Estas protestas y su corolario de incidentes y represión, señala el autor, «sentaron las bases del proceso que desembocó en la proclamación de la Segunda República en 1931» (p. 319). Y todo ello con el añadido de las controversias generadas por la petición de autonomía para el país vasco-navarro, una iniciativa que partió del nacionalismo vasco en medio de un proceso de internacionalización, que contó con el apoyo mayoritario del tradicionalismo (aunque no pleno, como mostraba el caso de Víctor Pradera), y que generó una amplia polémica que impidió la puesta en marcha de algo similar a lo iniciado en Cataluña, sobre todo por los recelos hacia un nacionalismo vasco al que muchos veían como una amenaza separatista.

## RECENSIONES

En definitiva, de estas páginas surge una clara conclusión, expresada en las últimas palabras del libro: «la Primera Guerra Mundial supuso un hito en la historia del País Vasco y Navarra, unos territorios neutrales en pie de guerra, transformados también por una contienda militar que cambió el mundo» (p. 364). ¿Podemos permanecer al margen de los procesos históricos, sin repercusión alguna, libres de su influencia? Podría parecer que ante conflictos como el iniciado en 1914 no sería factible; pero ¿y en casos de un alcance aparentemente menor? Este libro nos muestra y demuestra que la estrategia del avestruz no es viable y por más que nos volvamos de espaldas a los grandes problemas, el ignorarlos no facilita su desaparición.

Alejandro Pulido Azpíroz, es doctor en historia y ha desarrollado estancias en Lille y Leeds, participando en diversos congresos. Este es su primer libro, fruto de la tesis doctoral defendida en la Universidad del País Vasco.

Francisco Javier Caspistegui  
Universidad de Navarra

 <https://orcid.org/0000-0002-6754-5756>



Universidad  
de Navarra

FAULTAD DE  
FILOSOFIA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA  
DEL ARTE  
Y GEOGRAFIA